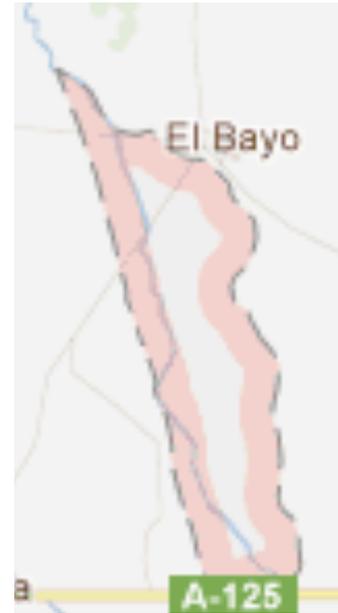


# ¡NOS VAMOS DE ENCLAVE...!



A todos los que han viajado en automóvil desde el sur a Jaca por la carretera que pasa cerca de Riglos y por el embalse de La Peña les ha chocado el hecho de que, en torno a Murillo de Gállego, la carretera tan pronto en está en la provincia de Huesca como en la de Zaragoza. Parece una broma, pero no: se trata de una herencia patrimonial, de un enclave.

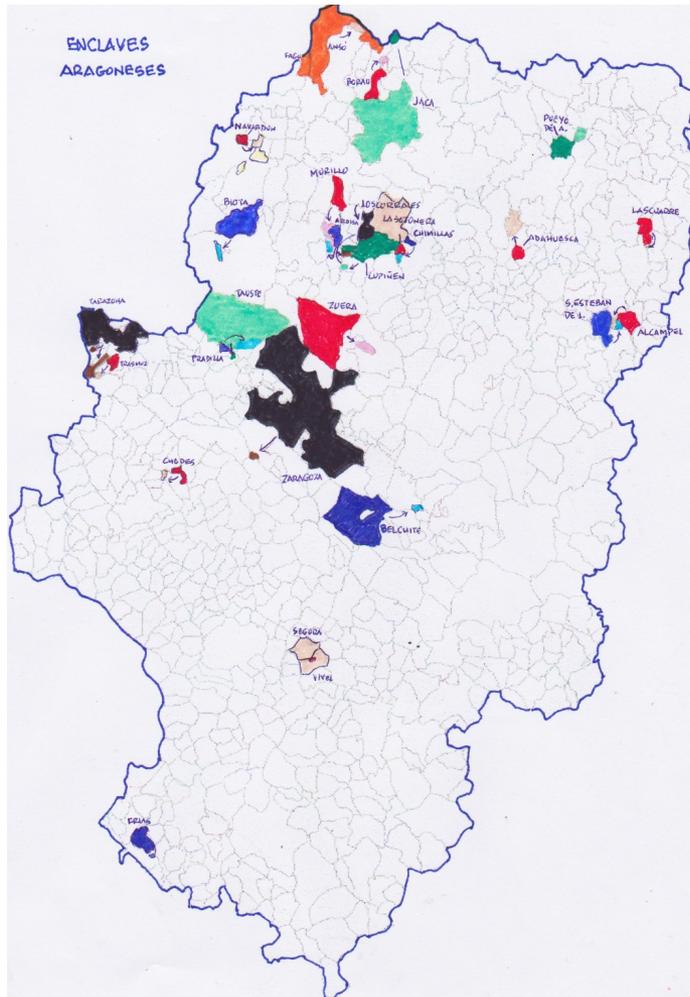
Técnicamente un enclave es un “territorio o grupo humano que se encuentra inserto dentro de otro con características diferentes, especialmente de tipo político, administrativo, religioso, étnico o geográfico”. Todo el mundo ha oído hablar del Condado de Treviño o del Rincón de Ademuz, enclaves nacional y aragonés, respectivamente. Casi todos los casos de enclaves hispanos son fruto de la Edad Media y hoy constituyen un anacronismo, pero siguen estando vivos dando lugar, en algunas ocasiones, a pugnas políticas sobre todo cuando afectan a Comunidades distintas, siendo el enclave del Condado de Treviño uno de los casos más conocidos: perteneciente a la provincia de Burgos el territorio está “enclavado” en la de Álava.

En España todavía quedan más de cincuenta y van desde los 370,48 km<sup>2</sup> que mide el Rincón de Ademuz hasta los 236 m<sup>2</sup> de Sant Pere de Gaudelles. El primero es mayor incluso que muchos países independientes como Granada, Malta, Maldivas, Saint Kitts-Nevis, Marshall, Liechtenstein, San Marino, Tuvalu, Nauru, Mónaco o el Vaticano. Como es bien sabido, Aragón encierra el doble enclave de Petilla-Los Bastanes, pues en realidad son dos espacios, aunque el segundo está despoblado.



## PETILLA DE ARAGÓN

Este mismo fenómeno histórico se da entre los municipios interprovinciales dentro de una Comunidad y, naturalmente, Aragón no es una excepción. Existen enclaves internos en las tres provincias. Sin pretender ser exhaustivos, la siguiente es una lista de municipios aragoneses que tienen enclaves en otros municipios: Adahuesca (H), Alcampell (H), Ansó (H), Ardisa (Z), Belchite (Z), Biota, (Z) Borau (H), Chimillas (H), Chodes (Z), El Pueyo de Jaca (H), Frías de Albarracín (T), Jaca (H), La Sotonera (H), Lascuarre (H), Loscorrales (H), Lupiñén (H), Murillo de Gállego (Z), Navardún (Z), Pradilla de Ebro (Z), San Esteban de Litera (H), Segura de los Baños (T), Tarazona (Z), Tauste (Z), Trasmoz (Z), Zaragoza y Zuera (Z).



Cuando se cartografía toda esta información el resultado es evidente: la mayor parte de los enclaves internos aragoneses están ubicados en la margen izquierda del Ebro o sobre él. Una vez más el Ebro parece servir de barrera.

En este caso, la ubicación de los enclaves respecto al Ebro es una realidad histórica que es fruto de las decisiones personales de un rey o, en alguna ocasión, de pactos entre señores por delegación de aquél, sin intervención de un pueblo que en los demás casos sí que ha intervenido con sus decisiones.

Como normalmente se trata de pequeñas extensiones de terreno que caben en una mirada, debería ser fácil visualizarlos, pero no es así. No tienen vallas ni setos que los aislen del entorno y, si los hubo en algún caso, los mojones delimitadores han desaparecido. Para ubicarlos, el viajero o excursionista normal tendría que acudir al Catastro o a que alguien de la localidad estuviera dispuesto a hacer de guía, pero ambas cosas son difíciles. No obstante, muchos de ellos suelen tener un algo diferenciador, distinto del entorno en el que están enclavados. Vamos a poner un ejemplo sobre el papel (Jaca) y luego nos iremos de excursión a otro (Biota).

Entre otras muchas cosas que Jaca posee en su casco urbano y en su término municipal existe un bien patrimonial que pocos conocen, un enclave y, en ese enclave, unas pistas de esquí. Porque Astún es un enclave de Jaca.

Ocurrió que en el siglo XVI el camino peregrino francés, por decisión de los monarcas galos, quedó totalmente clausurado, lo que significó la ruina y el consiguiente cierre del que había sido durante siglos el Tercer Hospital de Europa, Santa Cristina de Somport, cuyos monjes se refugiaron en Jaca. Su patrimonio fue disgregado en parte, de modo que el puerto de Astún fue concedido por Fernando el Católico en 1513 a la ciudad de Jaca, que veía así colmadas sus aspiraciones de disponer de estiva propia, es decir, de un lugar para que sus animales pasaran el verano. Por decisión del monarca aragonés, a la ciudad jaquesa le había nacido un enclave. Y cuando en 1976 se inauguraba además le había nacido una estación de esquí, Astún. Desde sus instalaciones deportivas puede verse completo el enclave, aunque la mayor parte de los deportistas puede que lo ignoren.



Momento es de visitar nosotros un enclave abarcable con una sola mirada, aunque antes merece la pena deambular un rato por las calles de la villa a la que pertenece: Biota, en las Cinco Villas, que, según propias estimaciones, ocupa un dignísimo lugar 41 por su patrimonio acumulado.

Merece la pena comenzar por ascender al mirador que nos permitirá ver toda la vega del río Arba de Luesia. Poco a poco, sin prisas, se irán sucediendo la nevera, el torreón, el palacio de los vizcondes y la iglesia de San Miguel donde podremos admirar una interesante muestra de escultura románica y dos importantes retablos. También veremos la ermita de San José, unas interesantes casas de piedra, la fuente, el abrevadero y la magnífica escuela. Ya de regreso para ir al enclave, podremos ver dos testimonios seculares importantísimos: el “Camino del Peregrino” y junto a él el “Corral de los Peregrinos”. Seguimos y llegamos a la carretera general, donde se encuentra la antigua estación de ferrocarril, un bien patrimonial que por su magnífica situación pudiera convertirse en un centro de interpretación de las Cinco Villas. Un poco más adelante, en dirección a Sádaba, parte hacia la izquierda el camino que nos llevará hasta El Bayo.

El Bayo es una población moderna, un pueblo de colonización, y toma ese nombre en recuerdo del poblado arruinado que vamos a ver. Desde El Bayo moderno, siguiendo la dirección que llevábamos, sale un buen camino de tierra que tras unos dos kilómetros nos conducirá a nuestra meta, las llamadas Torres del Bayo que habremos ido viendo a nuestra izquierda.

Se puede ascender al despoblado en automóvil o a pie, depende del miedo de cada uno, pero una vez arriba –aunque a algunos no les importe o no les suponga nada especial– estaremos pisando Historia. Habremos llegado al corazón de un enclave que podemos abarcar a simple vista mirando hacia el Este, aunque ningún elemento material (mojones, estacas o letreros) lo circunscriba.



Las llamadas Torres del Bayo suponen un conjunto de dos torres circulares románicas de una fortaleza levantada en tiempos de Ramiro II el Monje para defender una amplia zona de las Bardenas frente a la amenaza de los navarros una vez separados de Aragón a la muerte del Batallador. Junto a ellas, los restos de una enorme iglesia románico-gótica, testigo muy deteriorado de un monasterio cisterciense y, en otro cabezo cercano, una segunda iglesia-fortaleza. Todo ello amalgamaba al caserío de la villa medieval de El Bayo, cuya despoblación comenzó en la época de Pedro IV (siglo XIV) y finalizó en el XVI, perteneciendo sus tierras al vizconde de Biota. Aparte de las románticas ruinas que bien merecerían ser apuntaladas para que sigan sirviendo de testimonio del pasado y de gozar de una panorámica especial de las Bardenas, incluidas las navarras, nos encontramos en el epicentro de un resto patrimonial casi único en España: un enclave.

Nos hallamos en una zona que hasta que se crearon las provincias en 1833 rezumaba una gran vitalidad. Hay que tener en cuenta que para viajar entre Barcelona y el norte de España no se iba por el Ebro, como ahora, sino por el camino de Salas, que entraba en Aragón por Albelda, pasaba Monzón, Barbastro, Casbas, Huesca y Puendeluna y salía por Cambrón, que está aquí al lado. Por eso era también camino peregrino de primer orden, que en este tramo final nos ha dejado restos como los que hemos visto al salir de Biota, pero poco antes estuvo la Virgen del Camino en Luna, y en Puilampa podemos ver al aire libre la firma de su obra en piedra de dos peregrinos.



Se trata de una zona fronteriza entre Navarra y Aragón muy sensible, las Bardenas que podemos divisar perfectamente desde El Bayo. No es extrañar que a poquísimos kilómetros de aquí, en Sádaba, su castillo cambiara de manos navarras a aragonesas y viceversa en varias ocasiones, pero tampoco nos podemos extrañar de que el monasterio que estamos viendo en El Bayo lo arrasara el propio monarca aragonés tras expulsar a sus monjes por apoyar la causa navarra en la contienda aludida.

Los restos del Antiguo Régimen, el anterior a la Revolución Francesa, aún son muchos entre nosotros, pero no nos damos cuenta. Acabamos de ver uno de ellos.